

MUJERES OCULTAS, 2

Tras un abanico

Stella Knightley

*Si te gusta la
novela erótica,
éste es tu
libro*

Mujeres ocultas, 2.
Tras un abanico

Stella Knightley

Traducción de Lara Agnelli

Esencia/Planeta

Título original: *The Girl Behind the Mask: Hidden Women: 2*

© Stella Knightley, 2013
© por la traducción, Lara Agnelli, 2015
© Editorial Planeta, S. A., 2015
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Shutterstock

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

Primera edición: noviembre de 2015
ISBN: 978-84-08-14757-2
Depósito legal: B. 22.957-2015
Composición: Tiffitext, S. L.
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.
Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



París, 6 de diciembre de 1846

Esa noche, la sala Favart de la Opéra Comique estaba hasta los topes. El auditorio dorado parecía una pajarera, lleno como estaba de lo más granado de la sociedad parisina. Los asistentes gesticulaban como una bandada de colibríes y parloteaban como cuervos. Nadie quería perderse el estreno de la nueva obra de Berlioz, *La condenación de Fausto*. Pero a escasos momentos de que se apagaran las luces y se levantara el telón para que empezara lo que el autor llamaba una «*legende dramatique*», el público estaba pendiente de un espectáculo mucho más interesante.

De pronto, los murmullos aumentaron de intensidad y todos los ojos se dirigieron hacia un palco que hasta ese instante estaba vacío, a la derecha del escenario. Tanto las damas como los caballeros se quedaron paralizados mientras un lacayo ayudaba a una esbelta joven a ocupar su asiento. La mujer iba ataviada con opulencia. Su vestido de seda roja contrastaba con su pelo, tan oscuro y brillante que parecía negro azabache. Un chal de seda de la India, fino como una tela de araña, se deslizó y dejó al descubierto sus hombros escandalosamente desnudos. Alrededor del largo cuello llevaba un collar de perlas de tres vueltas que se abrochaba con un cierre de oro macizo adornado con brillantes. Otros dos diamantes, grandes como huevos de codorniz, brillaban en sus orejas. Estaba sola. Su acompañante —el dueño del palco— esta-

ba ausente esa noche, pero todo el mundo sabía quién era y, por extrapolación, todos conocían la profesión de la joven. Pero qué segura de sí misma parecía estar. Se la veía muy cómoda en su papel, con su ropa elegante y sus sofisticadas joyas.

—¡Qué arrogante! —susurraron algunas voces al unísono en la sala.

—Yo también me mostraría arrogante si llevara esas perlas —comentó la amante del joven príncipe Napoleón.

La joven solitaria sentada en el mejor palco del teatro era Augustine du Vert, que había nacido veintitrés años antes siendo Augustine Levert en un pequeño pueblo pesquero de la Bretaña. El dueño del palco era el duque de Rocambeau, cuarenta años mayor que ella y más rico que el resto de los hombres de la sala juntos. Augustine era su querida.

La mujer sacó partido de su momento de gloria. Sabía cómo colocarse para quedar especialmente favorecida. Se apoyó en la barandilla forrada de terciopelo con la excusa de observar el escenario con los anteojos, aunque en realidad estaba mostrando su atractivo escote como si de un escaparate se tratara, para que las mujeres pudieran ver bien las perlas y los hombres no perdieran detalle de los encantos que habían capturado el corazón de uno de los más ricos aristócratas de la ciudad. Ellas sisearon mostrando su desaprobación; ellos se guardaron mucho de hacer ningún comentario. Sin embargo, ninguno perdió detalle del espectáculo cuando pensaban que nadie los veía. Y cuando Augustine se llevó la mano a su delicado y pálido cuello, más de la mitad de los presentes en la sala suspiraron con ella.

El público estaba tan pendiente de la joven que apenas si se percató de que empezaba la ópera. A lo largo de las dos horas siguientes, algunos de los asistentes apenas prestaron atención al pobre Fausto. En vez de centrarse en la música, pensaban en qué

tipo de pacto demoníaco habría firmado aquella joven a cambio de los pendientes que lucía.

Cuando finalmente bajó el telón, Augustine aplaudió a los artistas y luego, mientras el público seguía aplaudiendo, se puso en pie y miró a su alrededor, como si también ella fuera merecedora de una ovación. Paseó la vista a su alrededor, contemplando a sus amigos, a sus rivales y a los que la miraban con desaprobación con la misma sonrisa inmutable. Hasta que llegó a un palco casi en el extremo opuesto del teatro y vio al hombre que lo ocupaba y a la preciosa rubia que lo acompañaba. El joven le devolvió una mirada cargada de furiosa impotencia.

Augustine apoyó una mano en la barandilla. Con la otra levantó el abanico de encaje español y se cubrió la cara rápidamente con él. Nunca había visto tanto odio como el que le lanzaban aquellos amados ojos castaños. Nunca se había sentido tan menospreciada. La odiaba. El hombre que le había asegurado que era más importante para él que cualquier otra cosa en el mundo la estaba mirando ahora como si quisiera verla muerta.

La salida de Augustine del teatro fue mucho menos digna que la entrada. Recogiéndose las faldas, salió corriendo al pasillo y no paró hasta que se desplomó en brazos de su criado. Gracias a Dios, el duque le había regalado un carruaje con gruesas cortinas en las ventanas para que no pasara frío en invierno y tuviera intimidad. Mientras los caballos de Rocambeau llevaban a Augustine a su nueva casa cercana a los Campos Elíseos, la joven se consoló pensando que para que exista el odio antes tiene que haber existido un amor verdadero.



París, junio del año anterior

En el Eurostar que salía de la estación de St. Pancras en Londres y llegaba a la gare du Nord de París el viernes por la tarde reinaba un ambiente festivo. Parecía una sala de fiestas sobre ruedas. Sólo en mi vagón había una despedida de soltero y una de soltera. Los dos grupos iban a Francia a ayudar a sus amigos a despedirse de la soltería con estilo. Empezaban temprano. Las chicas se pasaban vasos de plástico llenos de champán y los chicos vodka con Red Bull, y eso que el tren aún no había salido de la estación. Cuando más tarde el conductor anunció que estábamos entrando en el túnel del canal de la Mancha, los dos grupos estaban muy integrados. A nadie le habría extrañado que saliera otra boda de dicha reunión.

Aunque el grupo de chicas me ofreció una botella de champán para que echara un trago, rechacé su ofrecimiento. Me senté junto a la ventana y abrí el ordenador, usándolo a modo de escudo. Tenía mucho trabajo que hacer, pero era difícil concentrarse, y no sólo por los juerguistas: tenía muchas cosas en la cabeza.

Estaba acabando de pulir la tesis doctoral que había empezado a escribir tres años antes. El tema era Luciana Giordano, una veneciana de buena familia del siglo XVIII que había resultado ser la verdadera autora de una famosa novela erótica de la época titulada *Las lecciones de mi amante*. Para llegar a esa conclusión había

viajado a Italia, por supuesto, y allí había empezado una historia muy distinta.

A principios de año había pasado unos meses en Venecia, estudiando el diario y las cartas de Luciana en la biblioteca del palazzo Donato, una espectacular mansión privada en el Gran Canal. Había ido hasta allí con la esperanza de confirmar la verdadera autoría de la novela erótica, y mi esfuerzo se había visto recompensado. La novela estaba escrita por la misma mano que había redactado el diario y las cartas de Luciana. Lo que nunca podría haber imaginado era que yo acabaría enredada en mi propia aventura amorosa epistolar con el dueño del palacio, Marco Donato, conquistador y heredero de un vasto imperio naviero. Rico, inteligente y tan guapo como un modelo en las fotografías que había encontrado de él en internet, Marco era el amante que cualquier mujer desearía tener, por lo que me emocioné mucho al darme cuenta de que estaba interesado en mí. ¡En mí, una empollona inglesa!

Al recordar mi estancia en Venecia tiempo después y a varios miles de kilómetros de distancia, una parte de mí se preguntaba si me habría imaginado los e-mails y las conversaciones de chat cada vez más encendidas que habíamos intercambiado y que habían acabado con —me ruborizaba al recordarlo— una sesión de sexo virtual en la biblioteca del *palazzo*. Marco me lo había pedido y yo había accedido a usar un vibrador mientras seguía las instrucciones que él me enviaba al ordenador portátil. Después de ese episodio —y antes también, de hecho—, yo había insistido en que nos viéramos cara a cara pero, a pesar de sus promesas, el encuentro nunca llegó a producirse. Parecía que siempre tenía reuniones de negocios en algún lugar del mundo.

A pesar del tiempo transcurrido, mis sentimientos seguían oscilando entre la vergüenza —estaba segura de que Marco había

conseguido lo que quería al hacer que me desnudara y me masturbara para su diversión—, la tristeza y el enfado. Pero otras veces me decía que su reticencia a reunirse conmigo cara a cara tenía poco que ver con el hecho de que ya hubiera obtenido de mí lo que quería y mucho que ver con el miedo a que yo lo rechazara. Algunas cosas relativas al modo en que había terminado todo entre nosotros no acababan de cuadrar.

Durante el tiempo que pasé en Venecia no logré resolver los misterios de la mansión y de su dueño. Probablemente nunca lo haría. No había vuelto a saber nada de Marco desde mi regreso a Londres. En cualquier caso, tenía un montón de cosas con las que entretenerme. Tenía una tesis por editar y me dirigía a París para ocuparme de un trabajo que me habían solicitado. Los productores de una película histórica me habían pedido que completara una investigación. Era un encargo muy interesante, y esperaba que me permitiera seguir trabajando en el mundo de la industria cinematográfica. También por eso quería acabar de pulir la tesis y enviarla cuanto antes.

Mientras los solteros y las solteras seguían de fiesta en el tren, me centré en la brillante pantalla del ordenador. Había leído los diarios personales de Luciana con tanta atención que había acabado encariñándome con la muchacha, pero esa tarde, con tantos cambios abriéndose en el horizonte, releer los pasajes que había traducido en Venecia me hizo sentir melancólica. Cuando Luciana hablaba del patio veneciano de la casa de su amante lesbiana, no tenía ningún problema en imaginármelo, ya que se trataba del palazzo Donato, donde tanto tiempo había pasado. Y, cada vez que pensaba en la casa, no podía evitar pensar en Marco. O, al menos, en la imagen de él que aún vivía en mi corazón. Una imagen basada en fotos antiguas y en palabras bonitas escritas en una pantalla.

Cerré el ordenador y miré por la ventana el vasto y llano paisaje del norte de Francia, que pasaba ante mis ojos a 280 kilómetros por hora. Sin embargo, aunque tenía los ojos abiertos, en realidad no veía las tierras ni los bonitos campanarios de las iglesias rurales que salpicaban los inacabables campos verdes. En mi mente sólo había sitio para el patio de los rosales de Venecia. Recordé el momento en que había arrancado la única rosa blanca que quedaba durante mi primera visita. Y luego recordé que ese hurto había permitido a Marco pedirme que le contara cómo había perdido la virginidad. Una rosa a cambio de un desfloramiento.

Le conté más cosas sobre mí a Marco Donato que a cualquier otra persona. Durante las semanas que pasé en Venecia, compartimos nuestras experiencias de infancia a través de e-mails (en ocasiones, varias docenas de ellos al día). Nos contábamos nuestras ilusiones y nuestras decepciones. Le referí mis esperanzas de futuro, mis fantasías más profundas.

Y, aunque no nos habíamos visto nunca en persona, tenía la sensación de que conocía mi cuerpo íntimamente. Ya antes de que accediera a mantener cibersexo con él, se había infiltrado en mis sueños. Había pasado tanto tiempo observando sus fotos que me lo imaginaba perfectamente. Y en mis sueños, Marco era mi amante ideal. Era dominante pero siempre cariñoso y tierno. A veces me pedía que hiciera cosas que no me apetecían mucho, pero una vez él tomaba el control de la situación, siempre disfrutaba. Me gustaba imaginarme que me sujetaba con fuerza por las muñecas o los tobillos y me mantenía inmóvil mientras me obligaba a disfrutar. Me imaginaba el roce de sus labios o de su cálida lengua en los pezones o en el clítoris hasta que no podía más y le rogaba que me penetrara mientras mi cuerpo entero vibraba de deseo. Cuando me lo imaginaba en mi interior, era como si al-

guien hubiera lanzado fuegos artificiales dentro de mi cabeza. Nunca me cansaba de él. Le agarraba las nalgas con fuerza para que se moviera más deprisa. Quería sentir cómo me inundaba con su pasión. Quería verlo tan entregado al delirio como lo estaba yo. Quería que se rindiera y me embistiera con una energía imposible de contener. Quería que fuera mío.

Nunca había tenido sueños tan raros ni orgasmos tan intensos como cuando soñaba con Marco. Aunque en la práctica nunca pasamos de la incómoda experiencia de la biblioteca. Y ahora había desaparecido de mi vida. Se había retirado a su mundo privado, dejándome enganchada a él. Ansiosa de más, pero sin ninguna esperanza de conseguirlo. Tal vez por eso a veces sentía que me estaba volviendo loca.

Cuando el tren llegó a su destino en la gare du Nord, me levanté rápidamente, cogí la bolsa y me encaminé hacia la puerta antes de que los solteros y las solteras colapsaran el pasillo. Fui de las primeras en bajar del tren. Recorrí el largo andén a toda prisa y me dirigí a la parada de taxis. En comparación con la flamante nueva estación de St. Pancras, la gare du Nord se veía anticuada, tal vez incluso algo siniestra. Allí no había nadie esperándome, a diferencia de Venecia, donde mi colega Nick Marsden había ido a recogerme y me había acompañado hasta la casa que la universidad me había conseguido en el distrito del Dorsoduro. Esta vez lo único que tenía era una dirección en un trozo de papel y la promesa de que el conserje del edificio me daría la llave. Siempre y cuando llegara a tiempo, claro está. Ya me habían advertido que el conserje no se quedaría a esperarme.

Al llegar al taxi que me correspondía, le mostré al conductor el papel con la dirección. Él asintió e introdujo los detalles en el

navegador del coche antes de seguir hablando por el móvil. Ese taxista no se parecía en nada a sus colegas venecianos, que no perdían la oportunidad de charlar animadamente con los clientes. Tampoco vi nada que me dejara boquiabierto por su belleza como me había pasado durante mi primer día en Venecia. Recorrimos calles que no se parecían en absoluto a las pintorescas postales de París hasta llegar a una plaza gris en el segundo *arrondissement*, que era como llamaban a los distritos de la ciudad. De pie frente a mi nueva casa con el equipaje a mis pies, tuve un momento de duda. Tal vez debería haberme quedado en Londres.

¿Qué aventuras me tendría preparadas París?